

Faden-Babin, Line y Rachmanski, Jakob, *Kierkegaard y la sirena*, ilustrado por Lucía Calfapietra, Bogotá: Panamericana Editorial, 2018, 63 pp.
<http://doi.org/10.54354/SJMF2490>

Luis Guerrero M.

¿Es posible crear un cuento infantil con motivos kierkegaardianos? O más específicamente, ¿es posible que algunos de los temas más recurrentes de las obras seudónimas, como la angustia, la libertad, la desesperación, la relación del individuo frente a Dios sean presentados en un cuento para niños? Este es el reto y la propuesta de los escritores Line Faden-Babin y Jakob Rachmanski, y las ilustraciones de Lucía Calfapietra.

La narración nos introduce de forma natural en los motivos nórdicos, el reino de las sirenas y los tritones, en las maravillas escondidas en el fondo del mar, en los tiburones y barcos hundidos, en las algas y corales, en los puertos y los canales de Copenhague. Como otras historias infantiles nos cuenta las ilusiones de una bella princesa, en este caso de una princesa del reino de las sirenas, quien deseaba conocer y casarse con el tritón más valiente y apuesto del reino marítimo. Aquella sirena estaba en la edad en donde se vive de la fantasía, bajo la magia de las ilusiones y la idealidad, por lo que aún no conocía el significado de la libertad y de la angustia.

Cuando llegó el momento, sus padres organizaron una gran fiesta para que pudiera conocer a los diversos tritones pretendientes de su amor. La princesa veía imperfecciones en uno y en otro; no eran exactamente lo que tanto deseaba. Sin embargo, el último vals lo bailó con un tritón que cumplía con sus expectativas, por fin había encontrado al tritón ideal para casarse y se sentía llena de felicidad. En medio de aquel vals observó su reflejo en uno de los inmensos espejos que adornaban la gruta, y pudo ver reflejada a la sirena que siempre había soñado ser.

Sin embargo, a la mañana siguiente, la sirena se despertó con una angustia en su corazón. Una angustia que parecía estar fuera de toda lógica. ¿Por qué aparecía en el momento en que debía ser la sirena más dichosa del mundo? La duda comenzó a penetrar en su interior y la imagen que veía de sí misma no era la del espejo del día anterior. ¿Realmente ella había elegido libremente al tritón? Comenzó a percibir las mil circunstancias en las que sus padres y los demás habían preparado la fiesta del día anterior, todo había sido dispuesto sin que ella hubiera intervenido en los preparativos. Por eso, tuvo la horrible sensación de que no había sido verdaderamente libre. Con ese sentimiento de duda y angustia confrontó a sus padres: ¿Por qué..., por qué debo casarme? Sus padres desconcertados simplemente

contestaron, porque así tiene que ser. Fue entonces que la princesa, entre rabia y desesperación dijo: “Haga lo que haga, me case o no, voy a lamentarlo, pues no será mi escogencia. Pase lo que pase, ¡no puedo decidir nada!”

Ante la perplejidad y desconcierto de los demás, esa misma noche la sirena anunció el rompimiento de su compromiso; incluso sentía ganas de abandonar esta vida que la hacía tan desgraciada. Bajo esta agitación, abandonó el reino, y se alejó nadando hasta llegar a los muelles de Copenhague. La actividad del puerto y la belleza de aquel día soleado mitigaron en parte sus penas, era la primera vez que entraba en contacto con los seres humanos y la actividad del puerto le agradó. Sin embargo, comenzó a compararse con las damas y sus hermosos vestidos, y sintió vergüenza de su cola de pez, pensando que nunca podría ser como esas hermosas mujeres que paseaban en el puerto.

Más adelante, en la orilla de uno de los canales encontró a un hombre joven que le sonrió, era Kierkegaard. Comenzó un amable diálogo y, sin apenas darse cuenta, la conversación se orientó hacia el significado de ser una persona completa. Kierkegaard le decía a la sirena que uno no nace siendo una sirena completa o un hombre completo, sino que se llega a serlo; además, era algo que necesitaba ser elegido. No se trata de algo físico –continuó diciendo aquel caballero–, pues tal vez la imagen reflejada en el agua sea la misma que la de ayer; lo que sí puede cambiar es la imagen que tenemos de nosotros mismos. Fue entonces que la princesa le confesó, que estaba confundida, que realmente no sabía quién era, ni lo que quería. Kierkegaard le regaló su más hermosa sonrisa y le dijo que esa experiencia era muy buena, pues significaba que era consciente de su desesperanza y que ahora estaba mejor dispuesta para llegar a ser una sirena completa, ahora podía emprender el camino para elegirse a sí misma, escoger libremente la manera como quería llevar su vida.

Ante este nuevo horizonte, la sirena quiso regresar a las profundidades del mar. Ya entre los suyos, comenzó a tratar al tritón, a conocer mejor sus cualidades, pero también sus defectos. Ya no era un tritón inventado por su imaginación sino el tritón real, con sus propios gustos e intereses. Decidió entonces reanudar el compromiso y un tiempo después el reino se vistió de gala con la boda. Sin embargo, la historia no acaba en el “vivieron felices para siempre...” Una mañana, al mirarse al espejo, la sirena comprendió que estaba esperando un bebé. Sintió una especie de vértigo y, una vez más, las tinieblas de la desesperanza aparecieron. La vida que había en su seno le hizo sentir una profunda impotencia, pues sus propias fuerzas no eran suficientes ante aquel don, ni se sentía capaz de resolver todo según sus deseos.

De nada servían los consuelos del tritón o de sus padres. Como la vez anterior, buscó refugio en el puerto de Copenhague. Ya ahí, la sirena sintió una alegría en su corazón cuando escuchó entre la gente la voz de Kierkegaard, quien conversaba animadamente con una vendedora.

Poco después, la sirena y Kierkegaard comenzaron a dialogar. Ella le recriminó los consejos que le había dado en su primer encuentro, habían sido ineficientes pues había regresado al estado de desesperación. Con una voz apesadumbrada, Kierkegaard le contestó que él le había dicho la verdad, que la desesperanza aparecía cuando nos dábamos cuenta de que todavía no llegábamos a ser nosotros mismos. Yo la comprendo, pues también yo percibo que aún no soy un hombre completo. Entonces, qué se puede hacer –preguntó la sirena–. A lo que Kierkegaard respondió: En realidad, el conocimiento de nosotros mismos es limitado y no podemos tener una idea precisa de aquel o de aquella que debemos llegar a ser. Hace falta, entonces, que alguien nos dé la justa medida de lo que somos. ¿Pero quién puede conocer algo semejante? –interpeló la sirena –; a lo que Kierkegaard contestó: Aquel que nos creó. La desesperanza nos recuerda que no podemos ser nosotros mismos sin tener a Dios como medida. Pero, –volvió a preguntar la sirena– ¿hay que creer en Dios para llegar a ser nosotros mismos? Y Kierkegaard una vez más respondió: Me atrevería a decir que sí. No hay nada que pueda probar objetivamente la existencia de Dios; por eso, para abandonarse en Él se requiere de un coraje extraordinario, actuar con la convicción de que Él estará ahí para ayudarnos a atravesar los abismos más profundos, aunque no tenga ninguna certeza racional de que eso acontecerá.

La sirena y Kierkegaard se quedaron en silencio, y poco después ella se quedó dormida. Cuando despertó, su amigo ya no estaba ahí. Poco tiempo después se sumergió en el agua, la sirena se sentía ligera y libre, y por primera vez sintió los movimientos de su hijo en el vientre. Comprendió que su amor iba más allá del amor que tenía hacia el tritón, sus padres y su hijo. Su amor era mucho más amplio. Y por primera vez sintió que era un ser completo, que existía plenamente.

Vuelvo a la pregunta inicial desde otras perspectivas: ¿Puede calificarse este cuento como un cuento para niños? ¿Puede ser considerado como un buen ejemplo de filosofía para niños? Seguramente cada lector dará su opinión después de leer el cuento. Por mi parte, solamente haré dos breves reflexiones. Primero sobre el tema, el cual pudiera ser un poco crudo (desesperación, angustia, no querer ser sí misma, etc.), esta temática pudiera parecer no apta para niños, sobre todo bajo los parámetros actuales muy influidos por el estilo de Walt Disney. Sin embargo, hay que recordar que

muchos cuentos infantiles en su versión original, por ejemplo, *El pastor mentiroso* de Esopo, o *La sirenita* (*Den lille Havfrue*) de Andersen, o *Pinocchio* (*Storia di un Burattino*) de Carlo Lorenzini, pertenecen a una tradición que considera edificante mostrar a los niños aspectos crudos de la realidad y las consecuencias que pueden tener las acciones humanas, incluidas las acciones de los niños. El cuento que ahora reseñamos, *Kierkegaard y la sirena*, no es tan dramático, pues tiene un final esperanzador, en cambio sí desarrolla una historia que logra combinar la fantasía y las ilusiones infantiles con aspectos más serios o graves de la existencia. En segundo lugar, este cuento puede servir de introducción para conversar con un niño o un grupo de niños acerca de lo que es un filósofo y, más en concreto, de Søren Kierkegaard, pues dentro de esta historia el personaje Kierkegaard juega un papel importante, el filósofo ayuda a la sirena a reflexionar sobre lo que le acontece y cómo puede ella enfrentarse a los sentimientos de desesperación, a su deseo de libertad, incluso el sentido que Dios tiene en la historia de una persona. Bajo este personaje, el filósofo se vuelve una persona atractiva con un papel importante en el desarrollo reflexivo y de sentido de un niño y de cualquier persona. Algo similar se ha hecho y puede hacerse con otros filósofos, de forma que no solamente los temas filosóficos, sino también los filósofos se vuelvan cercanos a los niños. Bajo este mismo concepto de cuento para niños también se han publicado cuentos sobre Diógenes, Sócrates, Kant, Wittgenstein, entre otros, en la serie *Plato & Co.* de la editorial alemana Diaphanes.